

y si falté una vez, procuraré no faltar otra. Mas: así como dicen los teólogos y los Santos que la confesion sacramental es un freno grande para retraer á los hombres de pecar, y se lo ha mostrado bien la experiencia á los herejes que la han negado y dejado, tanto que hallándose por esto en Alemania los pueblos llenos de vicios y de insultos, y no estando nadie seguro de su vecino, pidieron los mismos herejes al emperador Carlos V (1) que mandase él por ley que todos se confesasen; porque despues que no se confesaban, no podian vivir ni valerse unos con otros, de lo cual no se rió poco el emperador, como si pudiera él ponerles ley de esto; pues así como retrae á uno mucho de pecar el saber que se ha de confesar, así retrae mucho á uno de hacer faltas é imperfecciones el ver que ha de dar cuenta de ellas.

Y para que llevemos adelante la comparacion: así como la frecuencia de la confesion es uno de los medios mas principales que podemos dar á uno para su salvacion, porque fuera de la gracia y perdon de pecados que se da en este Sacramento, están allí encerrados todos los remedios y consejos que se le pueden dar á uno; y así, cuando queremos que uno allá en el mundo se aproveche mucho, dámosle un consejo; una vez, que rece el Rosario; otra, que oiga misa cada dia, si puede; otra, que oiga sermones; otra, que haga exámen de su conciencia; otra, que haga algunas penitencias y que procure no se le pase dia ninguno en que no haga alguna penitencia; pero finalmente, para echar el sello, dámosle por remedio que se confiese á menudo con un buen confesor. Y en eso nos parece que le damos todos los remedios juntos, y que le decimos todo lo que se le pue-

(1) Dominicus Soto, tom. 4 in 4. sentent. dist. 18, quaest. 1, art. 1.

de decir y todo lo que ha menester; porque si él hace eso, el confesor le irá dando cada ocho, ó cada quince dias, ó cada mes, los medios y remedios que vos no le podíades dar ni el otro tomar de una vez, y le irá pidiendo cuenta de cómo pone por obra los que le ha dado; que así lo han de hacer los buenos confesores, procurando que sus penitentes vayan siempre creciendo en virtud. Y por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual á los penitentes, que tenga cada uno su confesor firme, porque el confesarse hoy con uno y mañana con otro suele ser causa de aprovecharse poco. De la misma manera en este medio de dar cuenta de la conciencia, están cerrados todos los medios y remedios particulares que á uno se le pueden dar para su aprovechamiento; porque aquí ve el superior ó el prefecto de las cosas espirituales cómo os aprovechais del medio de la oracion, de los exámenes y de la leccion espiritual: aquí ve cómo venceis las tentaciones y las inclinaciones y condicion mala que teneis: aquí ve cómo os va en el silencio, en la humildad, en la indiferencia y resignacion, y si vais aprovechando, ó si volveis atrás: aquí se os dá el remedio y el aviso particular que habeis menester, conforme á vuestra necesidad y disposicion, corrigiéndoo en lo uno y animándoos en lo otro. Y haciéndose esto con la suavidad y caridad que se ha de hacer, y se hace por la bondad del Señor en la Compañía, de manera que entendais vos que solamente se desea y pretende en esto vuestro mayor bien y provecho espiritual, no puede dejar de ser de grande efecto y eficacia este medio.

CAPITULO III.

Que el descubrir las tentaciones al superior, ó padre espiritual, es medio muy eficaz contra ellas.

Doctrina es comun de los Santos y primer principio entre aquellos Padres anti-

guos, como habemos dicho en el capítulo primero, que todas las tentaciones se han de descubrir y manifestar luego á los mayores y maestros; y nuestro Padre nos avisa á nosotros de ello en las Constituciones (1). Pero veamos qué es la causa de encomendárenos esto tanto, porque nos hará mucho al caso para que esta verdad quede mas asentada en nuestro corazon. La razon de esto, dice Casiano (2), es, porque de esa manera no os podrá el demonio engañar con sus mañas y tentaciones, como á nuevo, pues llevais armas de vuestro maestro antiguo. No os engañará como á ignorante y no experimentado, si vos acudis luego á vuestro Padre espiritual, docto y experimentado, y os guiais por lo que os dice. No pelea entonces el demonio con algun soldado nuevo y visóño, sino con soldado viejo y versado en esta espiritual milicia. Toda la ciencia y toda la prudencia y experiencia de vuestro confesor y maestro haceis vuestra, cuando os descubris luego á él y os guiais por lo que os dice. Y así dice Casiano, que de esta manera se alcanza la verdadera prudencia y discrecion: virtud tan grande y tan alabada del bienaventurado S. Antonio. Comenzaron á conferir y á tratar entre sí aquellos santos monjes, en una colacion ó conferencia espiritual, qué virtud era la que mas puede ayudar á la perfeccion. Dijo uno que la castidad; porque por ella tiene el hombre sujeta la sensualidad á la razon; otro dijo que la abstinencia, con que el hombre es señor de sí; otro, que la justicia; y así cada uno dijo lo que le parecia. San Antonio, habiéndolos oido á todos, y resolviendo lo que se habia de tener, dijo: «La virtud mas necesaria, y la que mas ayuda para ser uno perfecto,

es la prudencia y discrecion; porque todos los ejercicios de las virtudes, si no van hechos con ella, no agradan á Dios, ni son actos de virtud.» Pues ¿quereis, dice Casiano, un modo muy fácil y muy breve para alcanzar esta virtud? Registrad y comunicad todas vuestras cosas con el superior, y guiaos por su parecer y consejo, y de esa manera la alcanzareis y hareis vuestra la prudencia y discrecion del superior. Lo mismo dice San Bernardo tratando de esta virtud; «porque esta virtud de la discrecion es una cosa muy rara, dice (1), procurad suplir su falta con la virtud de la obediencia, que no hagais mas, ni menos, ni de otra manera de como lo ordenare la obediencia. De esta manera, dice, se suple y remedia la falta de discrecion y experiencia, y se alcanza la verdadera prudencia.»

Por esto encomiendan tanto los Santos el descubrir luego las tentaciones; y por la misma razon, una de las cosas que con mas diligencia procura el demonio es que no se descubran, porque pretende otro fin contrario, que es nuestro daño y perdicion. Dice San Doroteo (2) que no hay cosa con que tanto se huelgue el demonio, como con aquel que no quiere descubrir sus tentaciones y pensamientos al superior, pareciéndole que con eso tiene cierta la victoria, porque entonces pelea á solas con él. ¡Ay! del solo (3), que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para que se levante! Y por el contrario, dice, no hay cosa que tanto tema el demonio, ni de que mas le pese, que de ser des-

(1) At vero quia omnino rara ista avis est in terris, hujus discretionis locum in vobis suppleat virtus obedientiae; ut nihil plus, nihil minus, nihil aliter, quam imperatum sit faciatis. Bernard. serm. 3 de Circumcis.

(2) Dorot. serm. 5. Idem Abbas Poemon ut habetur in vitis Patrum, p. 2, §. 147.

(3) Et vae soli! Eccles. IV, 10.

(1) P. III. Const. cap. I, §. 42. Regul. 41. Summarii.
(2) Cas. lib. IV de institut. renuntiant. cap. 9 et collatione 2. Abbat. Moysi, cap. 10.

cubierto, porque con eso pierde toda la esperanza de vencer, y desmaya y huye. Declara esto muy bien nuestro Padre en el libro de los Ejercicios (1), con una comparación, que pues él la trae, bien la podemos nosotros traer. Dice que nuestro enemigo el demonio se há con nosotros en tentarnos, de la manera que acá un hombre mal amistado se há en solicitar y requestar á una doncella que tiene unos padres muy honrados, ó á una muger casada con un hombre de bien y muy celoso; el cual, queriéndola engañar, lo primero que procura con gran diligencia es que le guarde secreto; y ninguna cosa tanto teme, ni siente, como que la doncella vaya á decir á su padre lo que pasa, ó la muger á su marido; porque habiendo eso, luego se dá por desauiciado y despedido de alcanzar lo que pretendia; pero mientras le guardan secreto, esperanza tiene de alcanzar algo. De la misma manera, dice nuestro Padre, cuando el demonio quiere engañar á uno, lo primero que procura con toda diligencia es que le guarde secreto y que no descubra á nadie aquellas tentaciones y razones que le trae, porque con eso tiene por cierto que le vencerá y alcanzará de él lo que pretende. Y por el contrario, no hay cosa que tanto sienta como que vaya á descubrir y manifestar estas cosas á su confesor ó superior, porque como el demonio puede y acaba mas por engaños que por fuerza, en viéndose descubierto, se dá por vencido y por desbaratados todos sus embustes y marañas; y es propio esto de todos los que andan con engaño, conforme á aquello del Evangelio: "El que obra mal, aborrece la luz (2)."

San Doroteo trae á este propósito (3)

(1) S. P. N. Ignatii lib. Exercit. spiritual. in regulis ad motus animae discernendos, regul. 13.
 (2) Omnis enim, qui male agit, odit lucem. Joann. V, 3.
 (3) Doroth. ubi supr.

lo que le aconteció á San Macario. Dice que el gran Macario, discípulo del gran Antonio, se encontró una vez con el demonio, y preguntóle cómo le iba con sus monjes. Respondió que muy mal, porque no entraba en ellos pensamiento malo que no le descubriesen luego á su superior; pero «uno de ellos, dice, es muy grande amigo mio. A uno de ellos tengo en mi mano, del cual hago lo que quiero y como á un trompillo le hago andar al retortero (1);» y declaróle el nombre del monge. Oído esto por San Macario, váse á visitar aquel monge, y hálla que estaba engañado en esto; que no daba cuenta á su Padre espiritual de sus tentaciones, ni se regia por él. Exhortóle el Santo á que se descubriese, y que de ahí adelante no se fiase mas de su propio juicio; tomó bien el aviso, y con eso se remedió. Tornó otra vez San Macario á ver al demonio, y preguntóle cómo le iba con aquel monge su amigo: al cual respondió con grande rabia: «ya no es mi amigo, sino mi enemigo.» Pondera muy bien aquí San Doroteo que á todos los monges de San Macario tentaba el demonio, pero á los demas no los podia vencer, porque luego daban cuenta clara á su Padre espiritual de todo lo que pasaba por su alma, y se gobernaban por él. A aquel solo tenía el demonio vencido y engañado que se fiaba de su propio juicio, y se regia por su parecer, y no queria declararse y manifestarse á su superior ó Padre espiritual: el cual luego que se manifestó fué tambien remediado. Casiano dice que no puede ser engañado el que en todo se manifiesta y declara á su Padre espiritual; y trae en confirmacion de esto aquello que dice el Espíritu Santo por el Sábio: "Si descubriéredes y manifestáredes sus celadas y ardides," que son sus

(1) Habeo unum de fratribus tuis, quem uti tur binem, cum volo, verso.

tentaciones ocultas y escondidas, no os engañará, ni os llevará trás sí (1). Y aquello del Eclesiastés: "Dios os libre, dice (2), de que la serpiente os muerda callando." Ya cuando la serpiente ó vívora trae cascabel, y viene silvando, y haciendo ruido, y la oye el encantador, remedio háy. De la misma manera Dios os libre de que el demonio, serpiente antigua, os muerda á solas en silencio; ya cuando lo oye vuestro maestro espiritual, que puede con versos de la Sagrada Escritura encantarla, remedio tiene.

Y hay mas en esto: estima Dios tanto esta obra de acudir al superior ó Padre espiritual y declararse con él, y agrádale tanto esta humildad, que con solo descubrirse uno, sin aguardar el remedio, y aunque no se le diga, ni responda nada, queda muchas veces deshecha la tentacion. Asi lo dice Casiano: «No dura mas la tentacion de cuanto se encubre en el corazon, y en descubriéndola, luego se deshace; aun antes que os responda el superior, está ya deshecha; asi como la serpiente, que está escondida en una cueva oscura, ó debajo de una piedra, en descubriéndola, luego huye;» levantad la piedra, y vereis como luego huyen los sapos, culebras y sabandijas que estaban allí debajo, y no pueden sufrir la luz; «asi el demonio, serpiente antigua, dice Casiano (3), en descubriéndole, luego huye; porque es padre de tinieblas, y no puede sufrir la luz.» Y mas: como el demonio es tan soberbio, siente mucho que se descubran sus poquedades y bajezas, y de sober-

bio no lo puede sufrir, y asi huye luego, en viendo que es descubierto.

Pongámonos aqui á considerar y ponderar si para las enfermedades del cuerpo hubiera tales médicos que nos sanaran con solo manifestárselas, ¿cuánto lo estimáramos? Pues lo que en los cuerpos no puede ser, se ve y experimenta cada dia en el alma; que con solo manifestar las tentaciones al superior se quitan muchas veces antes que os responda. Y aun mas digo, con solo determinaros de decírselo al superior ó padre espiritual, se deshace y quita muchas veces la tentacion: ibades á decírselo, y antes que llegueis á su puerta ha deshecho ya Dios todo el nublado y quitado la tentacion y turbacion que teniades.

Tenemos ejemplo de esto en las *Vidas* de aquellos Padres de Egipto. Cuéntase allí de uno que ayunó sesenta semanas y hacia oracion muy continua, porque Dios le declarase una duda que tenia; y como no lo pudiese alcanzar en tanto tiempo, determinó de ir á otro monje, que moraba en aquel desierto, á comunicarla; y en saliendo de su celda para eso, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad habia merecido mas la declaracion de aquella duda que por cuantas oraciones y ayunos habia hecho. Y en el sagrado Evangelio tenemos tambien un buen ejemplo de esto en aquellos diez leprosos que, yendo Cristo nuestro Redentor á Jerusalem, le salieron al encuentro dando voces: "Jesus, Maestro, habed misericordia de nosotros (1)." Mándales que vayan y se manifiesten á los sacerdotes (2). Y dice el Sagrado Evangelio: "En el camino, antes de llegar allá, quedaron sanos (3)." Contén-

(1) Si denudaveris absconsa illius, non persequeris post eum. Ecccl. XXVII, 19.

(2) Si mordeat serpens in silentio. Eccles. 10.

(3) Tandiu enim suggestiones ejus noxiae dominantur in nobis, quamdiu celantur in corde: illico enim ut patefacta fuerit cogitatio maligna, marcescit; et antequam discretionis judicium proferatur, serpens teterrimus, velut e tenebroso, ac subterraneo specu, virtute confessionis protractus ad lucem, et traductus quodam modo, ac dehonostatus abscedit. Cass. collat. 2, Abbatis Moysi, cap. 10.

(1) Jesu, praeceptor, miserere nostri. Lucas XVII, 13.

(2) Ite, et ostendite vos Sacerdotibus. Ibi.

(3) Et factum est dum irent, mundati sunt.

tase Dios tanto de que nos humillemos y sujetemos á los hombres, que él nos tiene puestos en su lugar, que para mostrar cuánto se agrada de esto lo quiere él confirmar con milagros. Y muchas veces con solo amenazar al demonio que le habeis de descubrir, toma él tanto miedo que os deja y huye; y asi es bueno hacer en esto lo que hacen los niños, cuando alguno les enoja, que le amenazan que se lo han de decir á su padre.

CAPITULO IV.

Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones á su Padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar.

Podrá decir alguno: «ya yo he oido tratar muchas veces de los remedios de las tentaciones, y de lo que he visto y leído en libros espirituales sé lo que me puede responder el superior ó Padre espiritual; ¿para qué tengo de acudir á él?» Bien tenemos que temer no se nos entre acá esta tentacion; y tanto mas quanto á uno le pareciere que está mas adelante en esta ciencia. San Doroteo era muy fatigado de esta tentacion, pero sabia sacudirse bien de ella. Cuenta él (1), que cuando queria ir á manifestar su tentacion al superior, luego se le ofrecia «¿para qué has de gastar el tiempo en vano? Él te ha de responder esto, y esto; tú ya lo sabes, no hay para qué ir á molestar al superior.» Y yo, dice, indignábame mucho contra la tentacion, y contra mi juicio y parecer, y decia: «Apartate de mí, Satanás, descomunion, anatema y maldicion sea para tí (2).» Y no me curaba de la tentacion, sino ibame á

(1) Dorotheus serm. 5.
(2) Anathema tibi, et iudicio tuo, et intelligop-
hae, ac prudentiae tuae, cogitationi, et scientiae tuae.

mi superior, y deciale todo lo que pasaba; y cuando acontecia que me respondia el superior lo mismo que á mí se me habia ofrecido, luego me decia el corazon con no sé qué sobresalto y alboroto: «¿No te lo decia yo, que te habia de responder esto y que no era menester ir allá?» Al cual yo por el contrario respondia: Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espiritu Santo (1), cuando salia de tí era sospechoso, y no lo tenía por seguro.» De esta manera desechara esta tentacion San Doroteo, y nunca la daba entrada, sino con todo acudia luego á su superior. Pues asi lo habemos de hacer nosotros, no dando crédito á nuestro juicio ni fiándonos de él; porque sentencia es comun de los sábios y de los Santos que no es el hombre buen juez en sus propios negocios. Y si esto es verdad, aun cuando no hay tentaciones, ¿qué será cuando las hay, que ciegan los ojos del alma para que no vean lo que conviene, conforme á aquello del Profeta: «Apoderáronse de mí mis pensamientos malos y no podia entonces ver (2).» No sabe uno entonces el remedio que le conviene; y si le sabe especulativamente, no acertará á aprovecharse de él, ni á ponerle en práctica, porque está deslumbrado y turbado con la tentacion y con la pasion, y mas le ayudará Dios por una palabra del superior que con quanto él sabe.

San Agustin trae un caso gracioso para esto. Dice que tenia uno una enfermedad, y llamó al médico, el cual viéndole le aplicó cierta medicina con que estuvo luego bueno. Aconteció que de allí á algunos dias le tornó el mismo achaque: y como le habia ido tan bien con el remedio que le habian aplicado la vez pasada, no se curó de médico, sino tomó el mismo remedio que se le

(1) El nunc bonum est, nunc a Spiritu Sancto est.
(2) Comprenderunt me iniquitates meae, et non potui, ut viderem. Psalm. XXXIX, 13.

habia quedado bien en la memoria; pero aunque le tomó, no sintió con él provecho alguno: entonces maravillado del caso, envió á llamar al médico, y cuéntale lo que pasaba, y preguntale qué era la causa porque habiendo tomado la misma medicina, no le habia aprovechado nada. Respondió el médico graciosamente: «Señor, la causa porque no os aprovechó ahora esa medicina, fué porque no os la dí yo.» Pues lo mismo podemos decir en nuestro propósito. Ese remedio que vos sabeis y habeis oido muchas veces, no os aprovechará nada, porque no os le dió vuestro superior, ó confesor, que es vuestro médico espiritual. Otra fuerza y eficacia tiene la medicina dada de mano del médico, que sabe el punto y las circunstancias: asi es tambien en las medicinas y remedios espirituales. Buchas eran las aguas de los rios de Damasco, y mejores que las del Jordan; pero no bastaron para quitar la lepra de Naaman, sino aquellas en que le mandó el Profeta Eliseo que se lavase (1). Concorre Dios con las palabras que os dice el superior y con el medio que os dá, porque está en su lugar; y asi el remedio fácil y comun, dado de mano del superior, os aprovechará mas que quanto vos sabeis, aunque supiédeses mucho mas.

CAPITULO V.

Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas.

Otra cosa suele traer tambien el demonio á algunos para impedirles que no acudan al superior, y es decirles que aquello es nada y que no es menester acudir al superior con niñerías, que es vergüenza ir á él con cada cosilla. A esto digo lo primero,

(1) IV. Reg. V, 10.

que el que trata de perfeccion no ha de aguardar á que la cosa sea grave, ni de necesidad y obligacion, sino siempre ha de procurar lo que es mejor y mas perfecto: y así, de cualquier cosa, por pequeña que sea, ha de hacer caso y dar cuenta de ella al superior; porque eso es tratar de perfeccion; y una de las cosas que edifica mucho, es el acudir al superior aun en cosas muy menudas; y mientras mas antiguo y mas letrado es uno, mas edifica, porque eso es hacerse niño y pequeuelo por Cristo.

Lo segundo, digo que algunas veces no es tan pequeña la cosa como á uno le parece, sino que la vergüenza y repugnancia que siente en decirla le hace buscar razones para disminuirla y persuadirse que no importa nada, para no la decir. Como suele acontecer en la confesion, cuando uno tiene vergüenza de decir una poquedad y una bajeza (1), luego acude el demonio ayudándose de aquella vergüenza y repugnancia natural que siente, persuadiéndole que aquello no es pecado, ó á lo menos, que no es mortal, y que asi no está obligado á confesarlo. ¡Oh, á cuántos ha engañado el demonio por aqui y les ha hecho dejar de confesar lo que era de necesidad, y asi venir á hacer malas confesiones y comuniones! Eso solo de sentir repugnancia y dificultad en descubrir y manifestar alguna cosa al superior, habia de bastar para tenerse uno por sospechoso y entender que conviene decirla. Y asi dice Casiano (2) que esa es una de las mas ciertas señales que hay para entender que aquella es cosa mala y tentacion del demonio, y dice que esta era comun sentencia de aquellos Padres. Lo malo luego lo procuramos encu-

(1) Tract. 4, cap. 4.
(2) Generale namque, et evidens indicium diabolicae cogitationis esse pronuntiant, si eam seniori confundamur aperire. Cass. lib. 4 de instit. renuntiant, cap. 4.

brir (1). Y asi, cuando uno anda solapando alguna cosa, dá sospecha que no anda bueno el negocio. "El que hace mal, aborrece la luz (2)."

Lo tercero, digo que aunque ahora sea cosa pequeña, pero lo poco, encubriéndolo, se suele venir á hacer mucho; y asi conviene, cuando es poco, manifestarlo para que se remedie con tiempo, pues es fácil entonces el remedio y despues suele ser dificultoso. Dice San Juan Clímaco que asi como los huevos de las aves, si están encubiertos y calientes debajo de las alas de la madre ó debajo de estiércol, poco á poco se van empollando y vienen á recibir vida y producir otras aves; asi los malos pensamientos cuando están escondidos en el corazon, sin descubrirse á quien los pueda curar, vienen comunmente á salir á luz y á ponerse por obra.

Otra cosa tambien suele el demonio poner delante á algunos para que no acudan al superior, y es parecerles que le serán pesados y le enfadarán con esas cosas; y por no darle fastidio y pesadumbre dejan de acudir á él. Este es un engaño grande, porque ese es el oficio del superior, y una de las cosas mas principales que él tiene que hacer es esa. Y asi haceis mucho agravio al superior en juzgar de él que se enfada y recibe pesadumbre en hacer una cosa tan principal y tan necesaria de su oficio; antes se huelga mucho de estar ocupado en una cosa tan sustancial como esta, de la cual depende tanto el aprovechamiento espiritual de los súbditos, como digimos arriba (3) en otro caso semejante.

Casiano trae un ejemplo (4), que le aconteció al abad Serapion, cuando era mozo, y le solia él contar muchas veces á sus

(1) Omnis iniquitas oppilabit os suum. Ps. CVI, 42.
(2) Joann. III, 20.
(3) Trat. 6, c. 8.
(4) Cass. collatione 2. Abbatís Moysi, cap. 11.

religiosos para animarlos á dar cuenta de todas sus cosas al superior: «Siendo yo novicio, era, dice, muy tentado de la gula: nunca parece que me hartaba; y asi despues que habia comido con el abad Teonás, que era mi superior, alzando la mesa, cada dia escondia secretamente en el seno un panecillo, y me le comia despues á la tarde, sin que él lo supiese; y aunque yo, vencido de la gula, cometia cada dia este hurto y golosina; empero en acabándolo de comer, me venia siempre un remordimiento tan grande que era harto mayor el tormento y pena que sentia que el deleite que en ello habia recibido. Y con todo eso, dice, me tenia tan sujeto esta tentacion que otro dia tornaba á hacer lo mismo, y hurtaba otro panecillo, y le comia secretamente, y no me atrevia á declarar esta tentacion á mi superior, hasta que el Señor por su misericordia fué servido librarme de esta servidumbre y cautiverio en que estaba, de la manera que diré. Vinieron acaso á visitar al santo abad Teonás unos monjes, y como despues de comer comenzasen á tratar de cosas espirituales, como tenian de costumbre, aconteció que, respondiendo el santo viejo á sus preguntas, trató del vicio de la gula, y tambien de la fuerza que tienen las tentaciones cuando están encubiertas. Y como yo andaba ya con grande remordimiento de conciencia, parecíame que todo aquello se decia por mí y que Dios debia de haber revelado mi tentacion y falta al santo abad. Y asi, movido y espantado con la fuerza de sus palabras, comencé primero á llorar secretamente conmigo; pero creciendo la compuncion y sentimiento, no me pude contener, sino que prorrumpiendo en grandes lágrimas y sollozos, alli delante de todos saqué del seno el panecillo, que aun aquel dia habia hurtado y escondido, y postrado en tierra pidiendo perdon y penitencia, declaré públicamente mi ten-

tacion, y cómo vencido de ella hacia aquello cada dia. Entonces el santo viejo comenzóme á consolar y animar, diciendo: «Ten, hijo mio, gran confianza, que tú confesion, y este acto tan heróico que has hecho de manifestar y declarar aquí públicamente delante de todos tu tentacion y falta, te ha librado de este cautiverio y servidumbre: hoy has vencido al demonio y triunfado de él mas poderosamente que él habia triunfado de tí. Entiende que por eso permitió el Señor que el demonio te tuviese tan cautivo y sujeto con esa tentacion, porque la tenias escondida; y asi ten por cierto que ahora que la manifestaste, no tendrá el demonio señorío sobre tí, sino que luego huirá aquella serpiente antigua, como quien no puede sufrir la luz.» Apenas habia acabado de decir esto el santo abad, cuando salió, dice, de mi seno un fuego como relámpago ó hacha encendida que hinchó toda la celda de un hedor abominable é infernal que casi no habia quien pudiese parar allí. Entonces el santo viejo, tornando á su tema, dijo: «Ves aquí, hijo mio, cómo el Señor te ha querido mostrar por obra, lo que te he dicho de palabra; pues has visto con tus ojos salir y huir al demonio de tí por virtud de tu confesion, que no pudo sufrir la luz y manifestacion de sus enredos, y asi no hayas miedo que se atreva á tornar mas á tí.» Y asi fué, porque de ahí adelante nunca mas tuvo esta tentacion, ni aun á la memoria le venia nada de aquello.

CAPITULO VI.

Comiézase á satisfacer á las dificultades que suelen impedir esta claridad.

Ya habemos dicho la importancia y necesidad que hay de andar con claridad con los superiores; pero cuanto una cosa es mas

importante y necesaria y de mas perfeccion, tanto nuestra naturaleza estragada por el pecado suele sentir mayor repugnancia en ella, y el demonio envidioso de nuestro bien suele ayudar, representándonos mayores dificultades para impedir la: por lo cual convendrá que vamos satisfaciendo á ellas. Y no harémos poco, sino mucho, si en una cosa tan principal y necesaria como esta hallamos el camino: y aunque vamos hablando con los religiosos, cada uno puede aplicar á sí la doctrina; porque cosa es esta que puede tocar á todos. Y asi Gerson la trata generalmente para todos, tratando de la confesion, como luego veremos.

Cuanto á lo primero, porque naturalmente somos amigos de huir el trabajo y la dificultad, y esto de que ahora tratamos se nos suele representar como cosa difícil y trabajosa, comenzaremos por aquí, declarando y probando que padecerá uno mayor trabajo, sin comparacion, en andar cerrado y encubierto que en descubrirse y manifestarse al superior: y nótese este punto, porque es una cosa que hace mucha fuerza contra los amadores de sí mismos, que dejan las cosas de virtud y perfeccion por la dificultad y trabajo que sienten en ellas. Yo consiento que hay alguna dificultad y mortificacion en descubrir uno al superior todas sus tentaciones, inclinaciones y deseos; pero digo que es mucho mayor el trabajo y pena que traerá consigo, si anda encubriendo y solapando estas cosas, que la que puede recibir en descubrirse y manifestarse. Bien nos lo muestra esto la esperiencia, y cada uno será buen testigo de ello, si alguna vez le ha acontecido quererse cerrar y encubrir con el superior. ¡Oh, qué congojas! ¡qué remordimientos y sobresaltos tiene el que anda encubierto y solapado! Siempre anda como con dolores de parto; si lo diré, si lo callaré. Ya